

«El narco canibaliza a los sistemas débiles; Ecuador ha sido presa fácil»

ENTREVISTA A CARLOS GRANÉS

POR JUAN CARLOS CALDERÓN

Con la contundencia de un crítico observador de la realidad, más aún con la mirada del antropólogo que percibe la relación entre la sociedad y la cultura, sus determinaciones y sus contradicciones, Carlos Granés, ensayista y escritor colombiano, dialogó con la revista Andina y reflexionó sobre el impacto de la cultura de la violencia, del narco y de una nueva moralidad en los comportamientos sociales contemporáneos. Juan Carlos Calderón, reconocido periodista y novelista, se encargó de la entrevista que publicamos a continuación.

El antropólogo Carlos Granés (Bogotá, 1975) es quien más, desde una mirada latinoamericanista, ha rastreado el papel de las artes, las ideas y las vanguardias culturales en la invención de América Latina, con su premiado ensayo *Delirio americano* (2022). Antes de este habría de desarrollar esa relación con la construcción de Europa con *El puño invisible* (2011). Ese puño de las vanguardias artísticas y culturales que precedieron y jalonearon a la política. Granés conversó con la revista *Andina* sobre el impacto del narco en nuestras sociedades y las perversas horas que ahora vivimos. ¿Hay alguna posibilidad de una ruptura en el probable destino de sociedades autoritarias, con cada vez menos libertades y manipuladas por el miedo? Estas son sus respuestas.





La sociedad ecuatoriana está perpleja ante la violencia, el narcotráfico y la inseguridad. El mito de la isla de paz se ha derrumbado. ¿Cómo estás percibiendo lo que pasa?

Todos en América Latina pecamos de ingenuidad. Creímos que un fenómeno tan nefasto y poderoso como el narco, tan lucrativo y que siempre está en busca de nuevos mercados, iba a quedar circunscrito a México, Colombia y, quizás, Brasil. Y que los otros países podían vivir tranquilos, creyendo que las fronteras hacían las veces de cordón sanitario para el narco. Bueno, pues, nos hemos despertado a la realidad de forma abrupta, no solo en Ecuador, sino también en Chile. Son dos países que, a diferencia de sus vecinos, habían tenido décadas de paz, cierta tranquilidad social. Había tensión política, polarización, conflicto, pero los países eran pacíficos. No como en Colombia, donde el conflicto político degeneraba en violencia política y el narco infiltraba a todos los actores políticos. Aquí no. Ahora vemos que el narco no respeta fronteras, que solo ve oportunidades y, sobre todo, canibaliza a aquellos sistemas débiles, que no están preparados para enfrentarse a un enemigo de su calibre, perversidad y poder corruptor. Y Ecuador era una presa fácil, precisamente por haber sido un país pacífico; era un país que no tenía las defensas fortalecidas.

¿Y qué crees que es lo más importante para proteger y fortalecer en estos momentos en nuestros países frente al narco?

No sé si lo más importante, pero sí es prioritario proteger al aparato judicial, porque es el encargado de perseguir a los delitos, rastrear los focos de infección del narco hacia quienes lavan el dinero, establecen complicidades, ceden a la corrupción... ¿Cómo se hace eso? No lo sé, pero en Colombia tuvimos que adoptar la figura del juez sin rostro: jueces anónimos para cuidar sus vidas. Si cae el aparato judicial, el país queda totalmente desprotegido ante el narco, porque la narcopolítica avanza a pasos acelerados en el Legislativo y tiene un enorme poder de corrupción que se infiltra en ciertos parlamentarios. Si al aparato judicial no se lo protege, muchísimo, el sistema empieza a fallar a paso acelerado.

¿La sociedad se acostumbra al narco, lo adopta como parte de su práctica social y la cultura?

Hay un problema ahí y es que hay una ciudadanía débil, poco interesada en los problemas públicos, la gobernabilidad y los efectos de algo tan abrumador como el narco. Una ciudadanía que prefiere, casi por supervivencia, replegarse hacia la vida privada. Eso deja el camino despejado para que el narco empiece a corromper y nos acostumbremos a la corrupción. Se vuelve ha-

“**Ahora vemos que el narco no respeta fronteras, que solo ve oportunidades y, sobre todo, canibaliza a aquellos sistemas débiles, que no están preparados para enfrentarse a un enemigo de su calibre, perversidad y poder corruptor. Y Ecuador era una presa fácil, precisamente por haber sido un país pacífico; era un país que no tenía las defensas fortalecidas.**”

bitual y deja de escandalizar. Incluso puede haber una perversión de valores, como ocurrió en Colombia, donde finalmente todos sentían algo de orgullo por Pablo Escobar. En el fondo del corazón decían: «Este cabrón era un genio, este cabrón se la jugó a los yanquis, burló todo el sistema policial del universo. Y tonto el que no aprovechó eso». Entonces empiezan a darse mecanismos mentales como esos, que acaban, de alguna forma, legitimando, justificando lo injustificable, que es que una banda de matones se tome el Estado, corrompa a todo el mundo, imponga su ley y doblegue al resto de la sociedad. Que es lo que intentó hacer Pablo Escobar; estuvo a punto de lograrlo y al final no lo consiguió. Eso claramente va a tener un correlato en cultura. En Colombia lo tuvo. Tuvimos lo que Héctor Abad llamó la *sicaresca antioqueña* hasta la náusea. Historias de sicarios que hablan un poco de esa perversión. Como es un tema taquillero, un tema que preocupa a todo el mundo, el gancho comercial es evidente. Entonces, si voy a escribir una novela, por qué no me meto mejor en este tema, alimento un poco la porno miseria, lo cual finalmente hará clic con las preocupaciones del posible lector. A alguien que no lee nunca puede que una novela sobre este tema sí le atraiga. Ha habido como un oportunismo comercial en Colombia. Pero llevamos tanto tiempo con el asunto que eso se diluyó y prácticamente nadie reincide; es una etapa superada. Tuvo su auge, tuvo dos buenas novelas, *La Virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, y *Rosario Tijeras*, de Jorge Franco. Más allá de eso, hubo gente que se subió a la estela de la



©Carla Aguas @h2ostudio



ola para intentar pescar alguna migaja, porque en el sector cultural solo hay migajas. Es una moda que pasa y que, a nosotros, en Colombia, nos harta.

¿Qué es lo que queda de la narrativa del narco, de estas series, de los narcocorridos, en las personas?

Es una buena y difícil pregunta. Lo que puedo asegurar con certeza es que el efecto no es unidireccional. Nadie entra a una iglesia y se vuelve cristiano, nadie lee una novela de piratas y se vuelve un corsario. Ahora, de que la cultura tiene un efecto en la sensibilidad, en las ideas y en los valores, no hay duda. Es ambigua, es a largo plazo, tiene que pasar por este proceso de creación de relatos, de nuevos valores y nuevas actitudes. Eso es, finalmente, lo contagioso: los valores y las actitudes. Si, por ejemplo, se enarbola la imagen del narco pícaro, que se sale con la suya, que tiene mujeres, con una actitud de desparpajo, desinterés, anomia... eso es muy seductor. No es solamente matar, sino la vida aventurera, obviar la norma, cierta rebeldía, desprecio por la cobardía. Entonces sí hay un juego de valores a partir de ciertas actitudes, que se transmiten a través de los medios y de la cultura, que puede llegar a impactar. En Colombia todos hemos estado expuestos a los mismos contenidos y los efectos son muy disímiles. Entonces no se puede decir que es unidireccional ni que para cuidar a los jóvenes hay que prohibir tales contenidos.

En la cultura de la cancelación que se da en Estados Unidos y Europa, es muy fácil caer en estos criterios que te dicen qué debes pensar y qué no.

Sí. Además, hay un apetito moralizante exacerbado. En América Latina, menos que en Estados Unidos, hay un nuevo puritanismo que intenta arreglar los problemas sociales cancelando aquello que no me gusta, que me ofende, me molesta o me agrede. Eso está convirtiendo a esa sociedad en supremamente intolerante, porque no hay posibilidad de dialogar con aquello que no te gusta, ni con valores opuestos y no hay posibilidad de generar callo, porque la

vida social es enfrentarte sistemáticamente a lo que no te gusta.

¿Por qué volvemos a esto? Pensábamos que ya estábamos al otro lado, que esa historia de intolerancia había quedado atrás.

Es difícil de saber. Creo que ha sido una moda intelectual gringa, la idea poscolonial de deslegitimar todo el proyecto ilustrado moderno, todas las ideas de universalidad, todas las ideas de mérito, todas las ideas de que lo que menos importa es tu aspecto físico, sino lo que eres capaz de hacer, lo que tienes en la cabeza, tus actitudes y valores. Ahora no, lo que importa ahora es lo que el mundo ve: tu color de piel, tu orientación sexual... Ha habido un cambio brutal porque el proyecto ilustrado, dicen los teóricos poscoloniales, simplemente fue una estrategia de imposición de la mentalidad y los valores europeos sobre el resto del mundo. No estoy para nada de acuerdo. Creo que esa forma de pensar dio herramientas muy útiles para la emancipación de los pueblos oprimidos. El pensamiento ilustrado fue un arma emancipatoria, y lo sigue siendo, pero ahora se lo está viendo con perversidad. Entonces se ha dado un repliegue en lo particular: ¿De qué es aquello de lo que no tengo duda? De mi raza. Entonces se ha recuperado un concepto nefasto que había quedado en desuso mucho tiempo, el concepto de raza, de género, de sexo, y empieza a contar menos qué se dice, sino quién lo dice. Como que no puedo aspirar a un horizonte de racionalidad neutral, porque las reglas de juego están trucadas a favor del hombre blanco, entonces sencillamente yo renuncié a entrar ahí y enuncié mi subjetividad, y esta debe ser respetada, valorada y, por supuesto, que nadie se meta conmigo porque lo cancelo. Cada uno de nosotros se convierte casi en una reserva natural, donde nadie debe meterse porque se tiene que preservar un sistema virginal.

¿Estas formas de cancelación tienen su origen en la idea de superioridad moral de un sector sobre otro?

Todos tenemos un elemento estético y moral. Hay cosas que nos repugnan estéticamente y moralmente. No podemos desprendernos de eso.

Esa moralidad nos puede ayudar a convivir con los demás, a crecer personalmente. Pero la moralidad también tiene un aspecto perverso: pretender escalar peldaños a partir de ver al otro como un ser moralmente repugnante, como que no se está a su altura. Eso finalmente da excusas para no tenerlos en cuenta, cancelarlos. Y ahora, ¿quién es el que tiene la superioridad en el mundo contemporáneo? Quien ha sufrido, la víctima. Esta se ha convertido en el nuevo ente acusador que dice: yo he sufrido por culpa de ustedes.

En *Delirio americano* mencionabas al peronismo y al indigenismo, que perduran por su opción de hablar en nombre de la víctima.

Ese victimismo es el fuego que alimenta el populismo. Los movimientos populistas intentan incluir a los excluidos en el proyecto nacional. A los que se han sentido marginados, despreciados, que han sufrido prejuicios; ellos, justamente, toman estas víctimas y las meten en su caudal electoral, porque es importante que sean votantes, y por ende al proyecto nacional. ¿Cómo? Diciendo que ha llegado el pueblo sufrido, el pueblo verdadero, a quitarle, finalmente, el poder a una élite extranjerizante y opresora. Todo redentor latinoamericano tiene alguna víctima que redimir.

Pero aquello está basado en hechos. América Latina es el continente más excluyente y desigual del mundo.

El proyecto liberal latinoamericano, que dejó cosas muy buenas como la separación de poderes o el voto universal, tuvo un defecto de fábrica tremendo heredado de ciertos prejuicios raciales decimonónicos que no se superaron, al menos no en América Latina. En 1850, Juan Bautista Alberdi decía: «Denme un roto, un gaucho o un cholo, los pongo cien años con la mejor educación y no vamos a sacar de ahí un zapatero inglés». Era una idea absolutamente despreciativa del hombre americano. Suena escandaloso, y lo es, pero en su contexto era incluso progresista, porque al menos no los consideraba esclavos, mientras en Estados Unidos seguía vigente el esclavismo y cualquier liberal yanqui, contemporáneo de Bautista Alberdi, defendía la esclavitud. Él no lo hacía, pero claramente tenía un panorama racial de la sociedad supremamente nocivo. Y ese esquema no fue realmente combatido. El primero que dijo: «Ojo, ¿ustedes se quejan de que el hombre americano se rebeló?, es porque ustedes lo han despreciado y no lo han conocido» fue José Martí en 1891. También fue Martí el primero en decir: «¿Qué esperaban? Ustedes nunca han ido a preguntar al hombre americano cómo vive, qué quiere, cómo quiere ser gobernado, no le han preguntado jamás. Le han impuesto constituciones aptas para gobernar a franceses





“ También fue Martí el primero en decir: «¿Qué esperaban? Ustedes nunca han ido a preguntar al hombre americano cómo vive, qué quiere, cómo quiere ser gobernado, no le han preguntado jamás. Le han impuesto constituciones aptas para gobernar a franceses e ingleses, pero no para América».

e ingleses, pero no para América». Los prejuicios han seguido sistemáticamente y no han permitido que estas personas marginadas pasen a ser parte del proyecto nacional. La gran venganza ante el liberalismo fueron los movimientos populistas o nacionalistas de los treinta, fueron dictaduras filofascistas, pero nacionalistas. Tenían como misión integrar a los marginados y como mínimo instrumentalizarlos.

¿Cuál ha sido el correlato cultural sobre esto?

” Curiosamente, fue antes el arte que la política lo que se jugó por esto. Porque todas estas dictaduras de los treinta, que tuvieron algún tipo de sensibilidad nacional-popular, vinieron después de las vanguardias (culturales) latinoamericanas. Las vanguardias fueron el primer movimiento, cultural y político, que reivindicó al indígena, al negro, al campesino, al mestizo, al cholo, a todos estos personajes, y los puso como eje central de sus obras.

Ahí tenemos obras icónicas.

Totalmente, hay obras icónicas. Incluso movimientos políticos, como el indigenismo peruano, que fue una combinación de marxismo y vanguardia. Entonces mezcló, de forma muy interesante, ideas políticas con ideas culturales para modernizar al indio, para que se convirtiera en el nuevo proletariado y que hiciera la revolución. Intentaron modernizarlo a través de la cultura, del arte, con imágenes de indios con sus atuendos, dueños de sus territorios, dinámicos, poderosos, con una reivindicación identitaria. Eso fue un intento plástico y cultural de rescatar a estos personajes nacionales, que tuvo dos consecuencias: la primera, no buscada, acabar con el latinoamericanismo. Los vanguardistas quisieron buscar el ADN de América Latina, el personaje que expresara esas virtudes y esas actitudes que pudieran unir al continente. ¿Y qué pasó? En Argentina dijeron que era el gaucho; en las Antillas, que era el negro; en los Andes, que era el campesino andino; en Perú, que era el indio, y todo eso acabó en una implosión de identidades y particularidades. Ese movimiento ayudó a consagrar los nacionalismos, no el latinoamericanismo, que era la meta inicial. Y después, claro, vinieron los caudillos nacionalistas y se apropiaron de esa cultura nacionalista, sin fricción alguna con la izquierda porque ambos eran nacionalistas. Hubo una empatía perfecta para encajar la cultura y las nuevas propuestas revolucionarias-nacionales de

“

Y después, claro, vinieron los caudillos nacionalistas y se apropiaron de esa cultura nacionalista, sin fricción alguna con la izquierda porque ambos eran nacionalistas. Hubo una empatía perfecta para encajar la cultura y las nuevas propuestas revolucionarias-nacionales de derecha en los años treinta. Y sí, hubo toda suerte de experimentos plásticos y literarios interesantísimos.

”

derecha en los años treinta. Y sí, hubo toda suerte de experimentos plásticos y literarios interesantísimos. Quedaron novelas importantísimas, pero que a la larga generaron eso que Leonardo Valencia diagnosticó con precisión en *El síndrome de Falcón*: eran reivindicaciones de la víctima nacional, del personaje nacional oprimido que debía ser salvado en la literatura, no en la realidad. En la literatura tenía que ser salvado por completo, protegido, elevado, idealizado. Y eso inculcó a la cultura un mal tremendo: el deber moral.

¿Y el deber moral es pernicioso?

No hay nada más pernicioso para la cultura que el deber moral, porque la estancia crea escuelas, jerarquías y grandes popes que van a decidir que alguien se está desviando de la intención moral que debería tener el arte. Eso pasó en México, en Perú, en Ecuador. Este deber moral se convirtió en una lápida, sobre todo para los jóvenes, que no tienen la misma sensibilidad moral o han visto que las cosas han cambiado o no, que la literatura ha sido inane para mejorar la condición del indio, que solo ha servido para crear reputaciones literarias o para atraer gringos, como fue el caso del muralismo mexicano. Uno de esos muralistas,

Orozco, dijo: «Estamos haciendo arte para gringos, los campesinos tienen afiches de María Félix en sus casas». Esas críticas hicieron explosión, volaron la tapa de ese deber moral y hubo un nuevo período de libertad estética en los sesenta, del que Ecuador se quedó relegado. De ahí que para Valencia en los años noventa tenía que seguir dándose esa pelea. Esa pelea se dejó de dar en Colombia en los años sesenta, con Marta Traba, que tuvo mucha influencia. En Argentina, con Cortázar y Borges, el *boom* latinoamericano, mejor dicho, acabó ese debate.

La trinidad revolucionaria, José C. Orozco. Antiguo Colegio de San Ildefonso, CDMX.

